
PLATINUM PEGASUS

La belleza en el uso

Sobre las cosas que conservamos y las vidas que les dejamos tener.

La Revista de la Casa · Número de estudio

Escritura original de estudio creada para este sitio. Estas obras son conceptos creativos, no fragmentos de los manuscritos de Ori Peretz ni declaraciones atribuidas a colaboradores externos.

Archivo generado (UTC): 2026-09-08T06:53:44Z

Esta es la fecha de generación del archivo, no una fecha de publicación del libro.

Un libro puede admirarse desde el otro lado de una habitación. También puede llevarse en un tren nocturno, abrirse junto a un cuenco de sopa o prestarse a alguien que lo devuelva con una interpretación distinta de su final. Son encuentros diferentes con el mismo objeto. Este primer número de estudio pregunta para qué queremos que sobreviva algo bello.

La pregunta comienza en un taller de reparación. Una lámpara ha sido retirada de la sala pública que iluminaba, y su restaurador debe decidir qué preservaría una reparación fiel. Después, dos ensayos defienden posturas opuestas: uno propone aceptar las huellas del uso y el otro, mantener ciertos objetos fuera de circulación. Ninguno expresa la opinión de un colaborador externo. Ambos son argumentos originales de estudio, escritos para que el desacuerdo merezca ser considerado.

Lee primero el relato o empieza por la postura que menos te inclinas a aceptar. La edición de bolsillo contiene el relato completo; el número de la revista incluye esta introducción y ambos contrapuntos. Ninguna afirmación sobre un libro terminado, una institución real o un acontecimiento histórico depende de esta ficción.

Una luz para la sala de abajo

Escritura original de estudio creada para este sitio. Estas obras son conceptos creativos, no fragmentos de los manuscritos de Ori Peretz ni declaraciones atribuidas a colaboradores externos.

La lámpara llegó en un cajón lo bastante alto para una persona. Nera ayudó al conductor a pasarla por la puerta del taller y luego se quedó mirando mientras él recogía las astillas del umbral. Bajo la paja había un pie de bronce, tres brazos curvos y una pantalla compuesta de piezas estrechas de vidrio ámbar. Alguien le había atado una etiqueta numerada al cuello. El cordel era nuevo; la lámpara llevaba mucho tiempo siendo vieja.

La casa de subastas la quería lista para el viernes. Limpiar el metal, sustituir el cristal dañado, retirar los restos de un aviso de papel de la base. La hoja de instrucciones la describía como una lámpara decorativa de un interior municipal. Nera conocía la sala. Había estudiado allí durante el invierno en que falló la calefacción de su piso. A la hora del cierre, el encargado pasaba de mesa en mesa con una regla de madera, dando un solo golpe junto al libro de cada lector.

La sala de lectura había cerrado en marzo. Un cartel atravesado en sus puertas anunciaba mejoras sin nombrar ninguna. Por una rendija, Nera había visto las mesas largas apiladas de canto. Ahora una de sus lámparas estaba en su banco de trabajo. Sin la sala alrededor, el objeto parecía casi vergonzosamente recargado. Unas hojas de laurel trepaban por el pie. Una pequeña polilla de bronce descansaba bajo la pantalla, oculta para quien estuviera de pie. Ella se había sentado debajo durante meses sin saberlo.

El vidrio roto estaba en la parte trasera. Una fina ramificación de fracturas se extendía desde un tornillo, unida por una película de adhesivo amarillento. El parche de debajo se había hecho con vidrio de ventana corriente. Sobre el banco parecía tosco. Pero cuando puso una luz dentro de la pantalla, aquel pequeño parche transparente proyectó un rectángulo limpio sobre la madera. Las piezas ámbar suavizaban todo lo demás. Alguien había reparado una lámpara de lectura para que un lector pudiera ver.

Nera pasó un paño húmedo por debajo del papel de la base. La mayor parte del aviso se desprendió como pulpa gris. Quedaron cuatro palabras: POR FAVOR DEJEN ESTA. Recordó la mesa más cercana a las escaleras, donde un anciano solía desplegar planos de barcos. Llevaba una lupa colgada de una cinta. Cada vez que el encargado reorganizaba los muebles, él llegaba temprano y volvía a colocar su silla bajo la misma lámpara. No lograba recordar su nombre.

Al mediodía llamó la casa de subastas. ¿Había encontrado un cristal igual? Había encontrado uno parecido. ¿Podía hacer que la reparación no se notara? Eso llevaría más tiempo. La mujer al teléfono dijo que el comprador esperaría que la lámpara estuviera completa. «Está completa», dijo Nera, mirando el rectángulo luminoso. La mujer esperó. Nera oyó lo poco que ayudaban sus palabras y prometió enviar fotografías. Después de la llamada, puso el ámbar de repuesto junto al remiendo transparente.

Fotografió la pantalla a la luz del día y con la lámpara encendida. Después, la polilla de bronce, el interruptor desgastado y los restos del aviso. En la última imagen colocó un libro abierto bajo la zona transparente. Envío las fotografías con dos opciones de reparación y precios separados. Una

devolvería a la pantalla un ámbar uniforme. La otra conservaría la ventana transparente y aseguraría el vidrio circundante. Esperaba que eligieran la primera opción.

La tarde siguiente, una mujer con el abrigo oscurecido por la lluvia llegó al taller. Había visto las fotografías antes de que el catálogo entrara en imprenta. —¿Se sostendrá en una mesa corriente? —preguntó. Nera midió la base. —En una resistente. La mujer miró el taller y después la pantalla. Dijo que se llamaba Davin y que había comprado la vieja panadería de la calle Bell. Arriba estaría su piso. La sala de abajo aún estaba por decidir.

Nera imaginó otra tienda impecable: objetos muy separados entre sí, precios escritos en letra muy pequeña. Davin se quitó los guantes mojados. Quería una mesa para quienes esperaban mientras ella arreglaba su ropa. A veces venían con niños. A veces se quedaban después de terminado el trabajo porque no tenían ningún sitio al que necesitaran ir. Un vecino había ofrecido libros, aunque a ella le preocupaba la humedad. «Pensé que una buena luz podría convertirlo en una sala», dijo.

—¿Sabe que la han modificado? —preguntó Nera. Davin señaló con la cabeza el vidrio liso. —Eso fue lo que me gustó. Metió la mano bajo la pantalla y la giró despacio hasta que la zona transparente quedó frente a la silla. Sobre la palma de la mujer, la luz reveló una hilera de diminutos pinchazos junto a la uña del pulgar. Nera tenía las mismas marcas de coser cabezadas cuando el taller aún aceptaba trabajos de encuadernación. Sacó el segundo presupuesto.

La subasta fue el jueves. Superaron la puja de Davin dos veces y permaneció al teléfono más de lo que había previsto. A la mañana siguiente volvió sin el recibo de la lámpara. —Demasiado —dijo. Nera se sintió tonta por haber imaginado toda la sala de abajo. Juntas miraron una sencilla lámpara de trabajo de hierro que colgaba sobre el banco. Estaba en venta, aunque Nera nunca le había puesto una etiqueta. Davin preguntó si iluminaría una mesa. Nera la encendió.

Quien compró la lámpara de bronce eligió el ámbar uniforme. Nera retiró el parche transparente, lo envolvió en papel de seda y lo incluyó con la reparación terminada, junto con una nota que explicaba dónde había estado. Conservó el contorno del aviso de papel en su informe de estado. A las cuatro, el cajón estaba cerrado. Sin la lámpara de trabajo de hierro, el taller parecía más pequeño. Trabajó bajo una bombilla desnuda hasta el martes siguiente.

El martes por la tarde fue caminando hasta Bell Street con una pequeña caja de libros. Habían limpiado el escaparate de la antigua panadería, pero las letras pintadas seguían sobre la puerta. Dentro, un niño hacía ejercicios de aritmética bajo la lámpara de hierro. Dos mujeres clasificaban botones en platillos. Davin había encontrado una mesa con una pata corta y le había puesto debajo un cuadrado de cartón doblado. Levantó la vista de un abrigo y pidió a Nera que sostuviera la manga.

Durante un rato trabajaron sin hablar. El niño apartó su cuaderno para hacer sitio a la caja. Nera pensó en la polilla de bronce viajando a un lugar que ella nunca vería, y en el vidrio transparente empaquetado junto a ella. Esperaba que leyeran la nota. Entonces Davin giró un poco la lámpara y dejó la costura rasgada a la vista. Nera enhebró la aguja. Fuera, la luz que quedaba se retiraba de las letras de la panadería. Dentro, había suficiente.

Fin.

Deja que el libro se use

En defensa de la circulación

Imagina una edición cuyo dueño tiene miedo de abrirla. Se admira la encuadernación, se conserva recto el estuche, las esquinas siguen intactas. Pasan los años. El objeto ha sobrevivido, pero la experiencia que debía hacer posible se ha aplazado tanto que quizá nunca llegue a ocurrir. Para una edición de lectura corriente, esa es una forma peculiar de éxito.

Un libro bello debería propiciar la atención. Unas buenas proporciones pueden hacer que seguir una página canse menos. Una ilustración puede acompañar al lector en un momento difícil. Una cubierta puede hacer que alguien tome una obra que de otro modo pasaría por alto. Estas decisiones se ganan su lugar en el encuentro con una persona. Tratar cada señal de ese encuentro como un daño confunde la conservación de un objeto con la conservación de su propósito.

Esto no es una licencia para el descuido. Presta un libro a alguien que vaya a devolverlo. Mantén el papel lejos de una ventana húmeda. Repara una bisagra floja antes de que se desprenda la tapa. El cuidado permite seguir usando las cosas. Lo que merece resistencia es la idea de que solo puede respetarse un ejemplar intacto. Una pregunta a lápiz puede dejar constancia de más atención que cualquier envoltorio sellado.

El caso más difícil es el de la escasez. Algunos ejemplares contienen información irremplazable: una anotación, un estado concreto del texto, la intervención de quien los creó. Esos necesitan otro nivel de cuidado. Pero la rareza debe demostrarse, no escenificarse. Una editorial no necesita infundir miedo al uso de cada edición atractiva. Puede hacer un objeto con honestidad, explicar sus materiales y permitir que un lector lo habite.

En el relato, la gran lámpara viaja a otro lugar. La sala sigue cobrando vida bajo una luz corriente. Ese final importa porque una buena experiencia no siempre puede esperar al objeto más impresionante. Haz el objeto tan bien como la obra lo requiera. Después, ponlo al alcance. Un libro que se abre, se discute y se presta ha comenzado la vida para la que se unieron sus páginas.

Deja un ejemplar fuera de circulación

En defensa de la contención

La invitación a usar un objeto bello parece generosa hasta que quien lo usa toma una decisión irreversible por todos los que vendrán después. Un pliegue alisado, una etiqueta retirada o un vidrio sustituido pueden hacer que un objeto sea más fácil de manejar y más difícil de comprender. El placer del dueño actual es un interés entre otros. No debería convertirse automáticamente en la autoridad definitiva.

Un libro lleva información más allá de sus frases. La forma en que se reunieron sus pliegos, el color bajo un lomo desvaído y la presión de la mano de un antiguo lector pueden revelar distintas partes de su historia. Un ejemplar de lectura puede conservar las palabras y perder esos detalles. Decir que un objeto ha cumplido su propósito porque alguien lo disfrutó es, por tanto, demasiado limitado. A veces el propósito incluye seguir disponible para preguntas que aún no hemos aprendido a formular.

La contención no exige ponerlo todo detrás de un cristal. Exige elegir. Conserva un ejemplar de referencia cuando el material lo justifique. Haz una edición de lectura utilizable junto a él. Ofrece una imagen clara o una transcripción cuando el original no pueda viajar con seguridad. El acceso puede adoptar más de una forma, y la más inmediata no siempre es la más generosa a lo largo del tiempo. Un lector de hoy no debería tener que destruir las pruebas de otro lector de mañana.

También existe un peligro al romantizar el desgaste. Una mancha puede registrar un encuentro, pero también puede registrar abandono. Una nota a lápiz puede ser valiosa, banal o incluso engañosa. Las marcas no adquieren significado solo porque sean antiguas. Alguien debe examinarlas, describirlas y aceptar la incomodidad de dejar una pregunta sin resolver. Ese trabajo lento rara vez produce la fotografía de venta más convincente.

El acto útil de Nera es la nota que empaqueta con la lámpara. No puede elegir su destino. Puede mantener comprensible una pieza descartada y registrar la modificación antes de que desaparezca de la vista. El uso y la conservación no siempre coincidirán. Cuando no lo hagan, negarse deliberadamente a cambiar algo puede ser un acto de hospitalidad hacia una persona que aún no ha llegado.